



—No temas ir a un país extranjero. Vas a un lugar impecable, al cuidado de tu primo Jesús, y el propio señor se encargará de arreglarte los papeles de trabajo. ¡Confía en Dios, hija mía! Has tenido mucha suerte en haber encontrado tan excelente trabajo.

En el pequeño andén las palabras de la Madre Superiora se confundieron con la llovizna que caía sobre los rieles y sobre su propio rostro. Inés guardó silencio. Miró su modesta maleta que contenía un traje gris, alguna ropa interior, un peine, un cepillo de dientes y un jabón de tocador. Inés contuvo las lágrimas y trató de no mirar al cielo, ni a las pocas personas que desde lejos contemplaban su partida con gesto mudo y sorprendido.





—Dios siempre nos ve, siempre nos cuida, recuerda que nunca nos deja de la mano. Aunque estés lejos seguirás siendo nuestra hija muy querida y velaremos y rezaremos por ti todos los días.

Inés asintió con la cabeza. Llevaba puesto el abrigo de lana y calzaba los guantes de punto regalados por una señora protectora del convento de huérfanas en el que había crecido. En su bolso de mano guardaba algún dinero para el viaje.

—¡Vamos, ánimo! —exclamó la Madre Superiora cuando el tren amenazador como un monstruo se detuvo ante ellas.

La imagen de la Madre Superiora otorgándole la bendición, al lado del hombre que le ayudó a subir la maleta al tren, le pareció irreal. Angustiada, se preguntó si en verdad se marchaba de aquel andén español, del hombre que la despedía con la gorra en mano y de la cara sonrosada de sor Dolores. Al salir de la estación, el tren hizo una vuelta inesperada e Inés se encontró sola en su compartimiento de segunda clase. Lejos de las figuras conocidas prefirió cerrar los ojos para no ver el mundo que la esperaba.





Al día siguiente el tren se detuvo en una estación enorme: Inés había llegado a París. Atontada, bajó del tren para buscar entre la gente el rostro olvidado de su primo Jesús. Lo recordaba rubio y pequeño de estatura.

Ahí estaba esperándola en el andén desconocido, haciendo señales vagas con la mano. Le pareció cansado, envuelto en su viejo gabán raído. Sonreía y se apresuró a cargarle la maleta. Ambos hablaron un poco del pueblo y del convento que Inés acababa de abandonar. Confundidos entre la multitud de viajeros, buscaron una boca de metro. Deambularon por los pasillos subterráneos por los que circulaba gente atareada. Cambiaron tres veces de tren. Cuando salieron nuevamente a la superficie, Inés se encontró en una hermosa plazoleta silenciosa y bordeada de castaños. Jesús sonrió satisfecho.

—¿Te gusta? Es el barrio más elegante de París. Inés afirmó con la cabeza. Cruzaron la plazoleta y tomaron una avenida que desemboca en ella. La avenida era de doble tránsito, con una calzada en el centro, sembrada de castaños desnudos y desdibujados por la neblina del invierno.

